

Viejos problemas, nuevos enfoques: las aportaciones de la teoría poscolonial al estudio de la Antigüedad¹

FRANCISCO MACHUCA PRIETO

Universidad de Málaga

Fecha de recepción: 30 de abril de 2013

Fecha de aceptación: 24 de octubre de 2013

Fecha de publicación: 1 de marzo de 2014

Revista Historia Autónoma, 4 (2014), pp. 33-46. e-ISSN:2254-8726

Resumen: En este artículo se aborda el papel que juega la teoría poscolonial en relación al estudio del mundo antiguo y sus imbricaciones con las ciencias históricas, en especial con la Arqueología, a la hora de abordar el colonialismo en la Antigüedad. En los últimos años, las aproximaciones poscoloniales han originado que, además de prestarse mayor atención al rol activo que los arqueólogos han desempeñado en la construcción de discursos coloniales y creación de identidades, se empiecen a tener en cuenta nuevas cuestiones vinculadas a las situaciones y contextos coloniales del pasado, como las *hibridaciones* y la emergencia de la agencia local. Esto hace, desde una perspectiva arqueológica, que se otorgue una nueva dimensión a los aspectos materiales del colonialismo.

Palabras claves: Colonialismo, poscolonialismo, Antigüedad, Mediterráneo occidental.

Abstract: Post-colonial theory performs an important role in relation to the study of the Ancient World, as well as its intersections with historical sciences, especially Archaeology, when concerning to colonialism in Antiquity. In the previous years, besides paying more attention to the active role that archaeologists have performed in the development of colonial discourses and the creation of identities, the postcolonial approaches have raised new issues associated with the colonial situations and contexts of the past, such as the *hybridization* and the emergence of the local agency. From an archaeological perspective, this will give a new scope to the material features of colonialism.

Keywords: Colonialism, post-colonialism, Antiquity, Western Mediterranean.

¹ Este trabajo se enmarca dentro del Proyecto de Investigación titulado «La construcción de la identidad fenicia en el Imperio romano» (HAR2010-14893), dependiente en origen del Ministerio de Ciencia e Innovación y en la actualidad del Ministerio de Ciencia y Competitividad; y en el Grupo de Investigación de Estudios Historiográficos (HUM-394), de la Junta de Andalucía.

1. Colonialismo y poscolonialismo

La aplicación de la teoría poscolonial al mundo antiguo puede resultar a primera vista una incoherencia, ya que surge como reacción a las experiencias del colonialismo contemporáneo. No obstante, los estudios poscoloniales y subalternos han abierto en las últimas décadas un enorme abanico de posibilidades hasta ahora no consideradas en cuanto a las múltiples situaciones coloniales clásicas y los procesos de construcción identitaria dentro de las sociedades antiguas, además de poner su atención sobre la unilateralidad y parcialidad de gran parte de las visiones históricas sobre el fenómeno del colonialismo². No podemos pasar por alto, en este sentido, que los planteamientos de muchos historiadores y arqueólogos europeos se han visto condicionados, desde mediados del siglo XIX, por la ideología que sustentaba las empresas coloniales de sus respectivas naciones. Bien conocidas son, por ejemplo, las teorías acerca del papel civilizador de Roma, fiel reflejo del paternalismo que se desarrolla con el surgimiento del imperialismo y del triunfo de las ideas de superioridad racial vinculadas al darwinismo social. En esta construcción conceptual tuvo una importancia trascendental el denominado *orientalismo*, el estudio de las sociedades orientales por parte de los occidentales que floreció a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Desde pronto, no obstante, se observa dentro de esta área de estudio, aparentemente aséptica, un sesgo ideológico compartido por académicos, comerciantes, periodistas, artistas y burócratas gubernamentales: Oriente, del que formarían parte indistintamente todas las tierras del Islam, la India, China, Rusia, el sudeste asiático, Japón o incluso la propia Península Ibérica, era un territorio de ficción y misticismo alejado de la civilización, pero a la misma vez en su seno tenían cabida el fanatismo más salvaje, la lujuria, el engaño, la sensualidad y el despotismo.

Frente a ello, en los años setenta del pasado siglo XX, una vez ya consolidado el movimiento descolonizador en África, Asia y Oceanía que se inicia tras la Segunda Guerra Mundial, surge una nueva corriente de pensamiento que intenta subvertir esa perspectiva colonizadora y generadora de estereotipos de los occidentales, mediante un proceso de revisión y análisis crítico centrado sobre todo en el conocimiento producido sobre las colonias y en las interpretaciones de la relación colonial. De esta manera, la teoría poscolonial entiende que, como consecuencia de la hasta hace muy poco extendida idea que defendía la superioridad de la cultura occidental, se produjo un encuentro desigual entre unas pocas naciones “modernas” y el resto de sociedades humanas³. Puede decirse, por tanto, que las perspectivas poscoloniales, con cada vez mayor incidencia en

² Por *colonialismo* no entendemos un fenómeno homogéneo, estático, único y lineal en el tiempo y el espacio, sino al revés. Si nos desprendemos de la idea que defiende que hablar de colonialismo es instaurar paralelismos entre situaciones presentes y pasadas, podemos establecer un marco comparativo útil para analizar e interpretar las diferentes situaciones coloniales de la Antigüedad. Véase Rowlands, Mial, “The archaeology of colonialism”, en Kristiansen, Kristian y Michael Rowlands, (eds.), *Social Transformations in Archaeology. Global and Local Perspectives*, Londres, Routledge, 1998, pp. 327-333.

³ Fernández, Víctor Manuel, *Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado*, Barcelona, Crítica, 2006, p. 164.

campos como la Literatura, la Antropología y la Historia, se caracterizan por el intento de representar las situaciones y contextos coloniales de forma diferente a la visión tradicional, excesivamente eurocéntrica, que daba por hecho que colonizador y colonizado eran entidades siempre avocadas a permanecer confrontadas y segregadas⁴.

El pistoletazo de salida a los estudios poscoloniales suele situarse en 1978, con la publicación de *Orientalismo*, de Edward W. Said. Este profesor palestino, formado en Estados Unidos, postulará que existe todo un elenco de representaciones imaginarias sobre Asia y Norte de África en la cultura occidental que sirvieron para justificar las ambiciones imperiales de las potencias europeas decimonónicas. Said pretendía con ello desmontar los mecanismos de fabricación del *otro* que se venían forjando en el pensamiento colonial desde el siglo XV. La división Oriente-Occidente se revela como una invención de los propios occidentales, que engendraron así “la diferencia entre lo familiar (Europa, Occidente, «nosotros») y lo extraño (Oriente, el Este, «ellos»)»⁵. Por tanto, la cultura europea adquirió fuerza e identidad propia al ensalzarse a sí misma en detrimento de Oriente, que se consideraba una forma cultural inferior, por lo que su conquista y dominación eran legítimas. El llamado *discurso colonial*, que había parecido inocuo, empezó a ser interpretado a partir de entonces como un conjunto de imágenes falseadas sobre Oriente que los europeos utilizaron para controlar sus colonias militar, política y culturalmente. En *Orientalismo* se nos muestra que conocimiento y poder, de la mano, fueron dos armas importantes en la dominación de Oriente hasta las décadas centrales del siglo XX. El concepto de *discurso* que Said maneja es tomado directamente del postestructuralismo a través de Foucault: un tipo particular de lenguaje que configura, mediante un saber concreto y especializado, un sistema de pensamiento tendente a fijar de antemano nociones que se aceptan como verdaderas —por ejemplo, el discurso médico, el discurso económico, el discurso de la informática, el discurso religioso, etcétera—⁶. Es decir, para el sojuzgamiento de Asia, África y Oceanía hizo falta algo más que soldados, cañones y misioneros⁷.

El poscolonialismo, sin embargo, no es una corriente de pensamiento monolítica o estanca, sino todo lo contrario. Nos hallamos ante una posición teórica multidisciplinar que desde diversos ámbitos (marxismo, psicoanálisis, postestructuralismo, teoría feminista, deconstrucción) ambiciona dismantelar la perspectiva colonizadora, pero también ante un amplio campo de acción que surge con las luchas de emancipación e intenta hacer frente a las todavía numerosas desigualdades que reinan en el mundo descolonizado. Ambas facetas son bien visibles en la trayectoria político-teórica del psiquiatra Frantz Fanon, otro

⁴ Una completísima síntesis sobre el origen, desarrollo y naturaleza de los estudios poscoloniales puede consultarse en Young, Robert, *Postcolonialism. An historical introduction*, Oxford-Malden, Blackwell Publishing, 2001. Otro trabajo interesante, como punto de partida para conocer los amplios campos de teoría y acción del poscolonialismo, es McLeod, John, *Beginning postcolonialism*, Manchester-Nueva York, Manchester University Press, 2000.

⁵ Said, Edward, *Orientalism*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1978, p. 43.

⁶ Young, Robert, *Postcolonialism... op. cit.*, pp.385-386.

⁷ Said, Edward, *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996.

de los grandes referentes del ámbito poscolonial. De él nos interesa, sobre todo, el énfasis que pone en los efectos psicológicos del colonialismo y en la necesidad de *descolonizar* la historia de los pueblos indígenas oprimidos. Para Fanon, cuyas dos únicas obras —*Piel negra, máscaras blancas* (1952) y *Los condenados de la tierra* (1961)— siguen siendo hoy día lectura indispensable, existe en la conciencia de los pueblos colonizados un complejo de inferioridad que tiene su origen en la alienación racial, social, histórica, política y cultural de la que han sido víctimas a causa de la dominación extranjera, de ahí su famosa afirmación: “el alma negra es una construcción del blanco”⁸.

Queda claro que, dentro de la heterogeneidad de tendencias que se da dentro de este incipiente marco teórico, una de las principales preocupaciones de los autores poscoloniales es la representación del colonizado. Si para Said el discurso colonial crea una imagen más o menos fija de los nativos orientales para su sojuzgamiento, a Fanon lo que más le preocupa es el la interiorización por parte del sujeto colonial de esa representación hecha por los blancos. Al menos dos nombres más merecen ser destacados: Gayatri C. Spivak, que se centrará en las voces ausentes, en los sujetos situados más allá de los márgenes discursivos; y Homi K. Bhabha, quien habla de espacios de representación *comunes* donde entran en juego complejos protocolos de ambivalencia, mimetismo e hibridación. Sea como fuere, todos estos autores coinciden en señalar que siempre se da una imposición discursiva sobre el sujeto colonizado que condiciona su identidad y hace del colonialismo un fenómeno que va más allá de los simples objetivos militares, políticos y económicos.

Importantes son también las aportaciones que, a inicios de la década de 1980, empiezan a llegar desde la India a través del *Subaltern Studies Group*, cuyo objetivo a partir de entonces no ha sido otro que construir una historia que no ignorase a los grupos excluidos, a los oprimidos, a los sin voz. Siguiendo a los autores del marxismo británico, como E. P. Thompson y Eric Hobsbawm, los historiadores integrantes de este grupo, entre los cuales podemos citar a Ranajit Guha, Dipesh Chakrabarty o la propia Spivak, no sólo llevan a cabo una revisión de la historia imperial británica mediante la cual se justificó el saqueo del subcontinente indio, sino también de la historia oficial, excesivamente nacionalista y monopolizada por la élite que controlará el país a partir de Gandhi. Así, en clara oposición a la línea hegemónica del discurso historiográfico, Ranajit Guha y otros miembros del *Subaltern Studies Group* elaborarán una historia alternativa que posibilite la recuperación de las múltiples voces silenciadas y otorgue protagonismo a los que Gramsci llamó “subalternos”: pobres, campesinos, mujeres, esclavos, asalariados, indígenas. La historia subalterna vendría a ser una especie de insurgencia académica contra las omisiones deliberadas de la historiografía tradicional⁹. No obstante, a la misma vez, esa capacidad para dar voz a los sin voz es cuestionada por Spivak en un famosísimo

⁸ Fanon, Frantz, *Piel negra, máscaras blancas*, Traducido por Ana Useros, Madrid, Akal, 2009, p. 46.

⁹ Vega Ramos, María José, *Imperios de papel. Introducción a la crítica postcolonial*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 286.

ensayo titulado “¿Puede hablar el subalterno?” (1988)¹⁰. Para representarse a sí mismos, los colonizados sólo tienen la posibilidad de usar las herramientas de los colonizadores, puesto que no cuentan con un lugar de enunciación desde el cual hablar o responder. Su *habla* no tiene estatus discursivo. La tesis de Spivak es que la voz del subalterno no aparece en los textos por ningún lado, siendo sólo objeto esporádico de la fantasía colonial. Si su voz no se puede recuperar, debe ser el historiador quien “represente” al subalterno, perdiendo entonces su condición originaria¹¹.

Hay que tener en cuenta que el surgimiento de las teorías poscoloniales no puede desvincularse del vuelco posmoderno que se produce en torno al último tercio del siglo XX. Las corrientes poscoloniales empiezan a aparecer justo en este momento, siendo la influencia de los cambios a los que a continuación aludiremos lo que explique, en última instancia, su mayor orientación hacia los aspectos subjetivos y textuales del colonialismo que a los puramente económicos¹². Dos serán los autores que más influyan en los teóricos poscoloniales: Foucault, ya citado, y Jacques Derrida, quienes siguiendo la estela de Nietzsche y Heidegger, criticarían el carácter esencialista del pensamiento occidental y su imposición al resto de culturas¹³. Las transformaciones moleculares que a nivel político y cultural irrumpen en el mundo tras 1968 originarán que las nuevas generaciones acaben rechazando los modelos epistemológicos del pensamiento moderno, que hundía sus raíces en la Ilustración. Las esperanzas vertidas durante dos siglos en el progreso tecnológico, en la certera objetividad de la ciencia y en el desarrollo económico vinculado a la industrialización dejaron tras de sí, después de dos guerras mundiales, millones de muertos y acontecimientos tan indignos para la humanidad como la bomba atómica, los campos de concentración, la dominación colonial o la sobreexplotación de los recursos naturales del planeta. El proyecto político-científico de la modernidad empieza a ser cuestionado al ser cómplice de tales atrocidades. Una de las grandes figuras de esta *reacción posmoderna*, Jean-François Lyotard, definirá este movimiento de oposición/superación como “la incredulidad con respecto a los metarrelatos”¹⁴. En efecto, la posmodernidad rompe con las grandes narrativas, las interpretaciones globales y las ideas totalizadoras como el marxismo, el funcionalismo, el cristianismo, la democracia liberal o el fascismo, que son igualados dentro de un mismo orden y reducidos a meros discursos logocéntricos que reclaman la posesión de una verdad absoluta. Para los teóricos posmodernos no existe realidad fuera del lenguaje; la verdad depende cognitivamente del contexto, dejando de ser una noción objetiva o universal. Derrida dirá: “no hay nada

¹⁰ Usamos aquí la última versión aparecida en castellano, incluida en Spivak, Gayatri, *Crítica de la razón poscolonial: hacia una historia del presente evanescente*, Traducido por Marta Malo de Molina, Madrid, Akal, 2010, pp. 246 y ss.

¹¹ Podríamos decir, no obstante, que si algo sabemos sobre los subalternos es porque de alguna manera han podido *hablar*. Una teoría tan rigurosa parece que cierra puertas cuando todavía en muchos casos no están abiertas.

¹² Fernández, Víctor Manuel, *Una arqueología... op. cit.*, p. 166.

¹³ Gandhi, Leela, *Postcolonial Theory: A Critical Introduction*, Nueva York, Columbia University Press, 1998, pp. 25-27.

¹⁴ Lyotard, Jean-François, *La condición postmoderna*, Traducido por Mariano Antolín Rato, Madrid, Cátedra, 1984, p. 10.

fuera del texto”¹⁵. Estos enfoques, de clara orientación lingüística, llevarán a concebir la Historia como pura literatura debido a que los textos que configuran el pasado no reflejarían jamás una realidad nítida. Este relativismo extremo, según creemos, conlleva una esterilización del trabajo histórico y un distanciamiento del estudio de los problemas reales de la humanidad para centrarse en los entramados discursivos que se refieren a ella. Fontana piensa, de hecho, que el escepticismo metódico del posmodernismo resulta muy satisfactorio para el poder por su falta de compromiso con la realidad¹⁶, aunque estas teorías también han aportado a los historiadores mecanismos de crítica, revisión y análisis con los que enfrentarse a los condicionamientos personales que afectan a su trabajo, así como técnicas para diagnosticar las implicaciones políticas y culturales de la propia ciencia histórica.

Justo en esta línea, hay autores que, sin rechazar completamente los estudios poscoloniales ni permanecer al margen de ellos, se han mostrado en los últimos años críticos con tales planteamientos, sobre todo desde posiciones materialistas que rechazan cualquier elemento idealista. Se habla, por un lado, de la excesiva atención que desde el ámbito del poscolonialismo se ha otorgado a las teorías del discurso colonial en detrimento de los mecanismos sociales y políticos que todavía hoy perpetúa el neocolonialismo. Es, por así decirlo, como si se mostrará mayor interés desde el ámbito del poscolonialismo por el colonialismo pasado que por el imperialismo presente¹⁷. Benita Parry se sitúa en un lugar parecido al apuntar que el interés de los teóricos poscoloniales ha pasado de los acontecimientos históricos, la economía, la política, la sociedad y la cultura, es decir, la propia realidad material del colonialismo, a casi exclusivamente la representación textual¹⁸. Una segunda crítica recurrente es la concepción homogénea de Said y otros autores sobre las experiencias coloniales¹⁹, lo que contribuiría a la perpetuación del colonialismo académico y al alejamiento de las realidades políticas contemporáneas²⁰.

2. La teoría poscolonial y los estudios histórico-arqueológicos

La Arqueología, como las demás disciplinas sociales que adquieren categoría científica a lo largo del siglo XIX, coincidiendo con el desarrollo de las grandes empresas

¹⁵ Derrida, Jacques, *De la gramatología*, Traducido por Óscar del Barco y Conrado Ceretti, México, Siglo XXI, 1986, p. 207.

¹⁶ Fontana, Josep, *La historia de los hombres*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 322.

¹⁷ Ahmad, Aijaz, *In Theory: Classes, Nations, Literatures*, Londres, Verso, 1992, p. 93.

¹⁸ Parry, Benita, *Postcolonial Studies. A materialist critique*, Londres, Routledge, 2004; Gosden, Chris, “Postcolonial Archaeology. Issues of Culture, Identity and Knowledge”, en Hodder, Ian (ed.), *Archaeological Theory Today*, Cambridge, Polity Press, 2001, p. 248.

¹⁹ McLeod, John, *Beginning... op. cit.*, pp. 243-245; Shohat, Ella, “Notas sobre lo «postcolonial»” en Mezzadra, Sandro (ed.), *Estudios Postcoloniales. Ensayos fundamentales*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2008, pp. 107-108.

²⁰ Estas críticas tienen su validez pero incurren en un error dicotómico: los estudios poscoloniales basados en la representación discursiva no excluyen otros análisis, sino que los complementan. A diferencia de lo que podríamos llamar *historia posmoderna*, nadie trata aquí de negar la posibilidad de conocer la realidad histórica del fenómeno colonial. De igual modo, prestar especial atención a las perspectivas poscoloniales, que sin duda aportan nuevos enfoques para comprender el colonialismo, ya sea presente o pasado, no significa mostrarse indiferente ante las guerras de ocupación de los últimos años promovidas por el ejército estadounidense y sus aliados en Oriente Medio.

coloniales de británicos, franceses, alemanes, rusos e italianos, se vio inmersa de lleno en todo el proceso anteriormente descrito. Pocas veces llegó a admitirse que los antepasados de los propios nativos, ahora convertidos en colonos dependientes de la metrópoli, tuvieran algo que ver en la construcción de los monumentales restos materiales que los arqueólogos europeos iban descubriendo en sus posesiones ultramarinas. La explicación difusionista que perduró en la investigación arqueológica hasta los años setenta sobre el yacimiento de Gran Zimbabue nos ilustra sobre esta cuestión. Los primeros excavadores del lugar atribuyeron en 1870-1890 la edificación de esta gran urbe a arquitectos venidos desde tierras septentrionales más civilizadas e incluso especularon con la posibilidad de que aquí se hallara la capital del bíblico reino de Saba, negando así su origen bantú²¹. Estas interpretaciones fueron las únicas que manejaron los arqueólogos británicos de Rhodesia hasta la disolución de la colonia en 1980; hoy sabemos que se trata de una construcción autóctona del siglo XIII d.C. que alcanzó su máximo esplendor doscientos años después.

No son pocos los investigadores que a estas alturas han tratado ya el tema de las implicaciones coloniales de los estudios arqueológicos e históricos²² o la vinculación de la identidad europea con el mundo grecorromano con fines legitimadores²³. Resulta evidente, por ejemplo, que el tratamiento que hasta hace pocas décadas han recibido la colonización griega o la conquista romana del Mediterráneo frente a la colonización fenicia y la expansión cartaginesa ha sido mayor tanto en términos cuantitativos como cualitativos. Desde una óptica foucaultiana, puede decirse que dentro de las ciencias históricas ha existido un discurso hegemónico sobre la Antigüedad que durante mucho tiempo ha condicionado lo que se investigaba, pensaba y escribía sobre ella. Desde finales del siglo XVIII, por influencia de la filosofía de Hegel, ha primado en el mundo occidental una concepción de la historia humana basada en el ideal de progreso, lo cual situaba a Europa como el faro que guiaba con su luz civilizadora al resto del mundo. La propia línea de separación entre historia y prehistoria es, al mismo tiempo, la línea que divide el espacio de la civilización del de la barbarie, allí donde se encuentran los pueblos a colonizar²⁴. Se trata de los “pueblos sin historia” de Eric Wolf²⁵. Uno de los asuntos centrales de esta cuestión es, sin duda, el papel civilizador que se le suele otorgar a la escritura frente a otras formas comunicativas como son la oralidad o la cultura material.

Tampoco se nos puede pasar por alto el enorme poder que la historia tiene en la creación de identidades. Bien conocida es la tesis de M. Bernal sobre la civilización griega, que a pesar de haber sido calificada en el siglo XIX como *aria* hundiría sus raíces en Egipto y la cultura semita, visión que los propios autores helenos conocían o al menos

²¹ Given, Michael, *The Archaeology of the Colonized*, Londres, Routledge, 2004, pp. 164-166.

²² Trigger, Bruce, *Historia del pensamiento arqueológico*, Traducido por Isabel García Trócoli, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 110 y ss.

²³ Van Dommelen, Peter, “Colonialismo: pasado y presente. Perspectivas poscoloniales y arqueológicas de contextos coloniales”, en Cano, Gloria y Ana Delgado (eds.), *De Tartessos a Manila, Siete estudios coloniales y poscoloniales*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008, pp. 63-64.

²⁴ Guha, Ranajit, *History at the Limit of World-History*, Nueva York, Columbia University Press, 2002, p. 43.

²⁵ Wolf, Eric, *Europa y la gente sin historia*, Traducido por Agustín Bárcenas, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

intuían²⁶. Frente al llamado “modelo antiguo”, la tradición historiográfica de la época, imbuida por el espíritu romántico dominante y un antisemitismo creciente, creó una Grecia clásica idílica y paradigmática, surgida de una pretendida invasión de pueblos de habla indoeuropea procedentes del norte —los manidos dorios— sobre el sustrato prehelénico de la Edad del Bronce. Es ahora, recordémoslo, cuando dentro de la cada vez más conservadora y nacionalista sociedad europea se empieza a especular con la idea de que los orientales manifiestan predisposición al despotismo y una voluntad apartada del progreso.

Sin embargo, la influencia de los estudios poscoloniales hoy día en las ciencias sociales y humanas es cada vez mayor. Algunos autores han llegado incluso a plantear que dentro de estos ámbitos científicos se está produciendo un “giro poscolonial”²⁷, que por supuesto no excluye a la Arqueología²⁸. Siguiendo a Matthew Liebman, tres son los puntos de interacción básicos entre la teoría poscolonial y los estudios arqueológicos²⁹: 1) la investigación y análisis de las colonizaciones *clásicas* y de los múltiples aspectos vinculados al colonialismo a través del registro material; 2) el estudio del papel histórico que ha jugado la ciencia arqueológica en la formación de los discursos coloniales; y 3) la aportación de herramientas metodológicas que ayudan a *descolonizar* la disciplina y sirven de guía para ejercer una Arqueología más ética y comprometida en la actualidad.

Vinculado con todo ello, es importante valorar la influencia que han tenido las críticas que desde ámbitos cercanos al posmodernismo, aunque lejos de la esterilidad discursiva que se ha criticado unos párrafos atrás, se lanzaron a finales de los años setenta y principios de los ochenta contra los fundamentos en los que se apoyaba la práctica arqueológica. Nos referimos a la reacción contra el positivismo cientifista de la *New Archaeology* que efectuará la *Arqueología postprocesual* o *Arqueología contextual*, totalmente contraria a las pretensiones imperialistas de los procesualistas estadounidenses³⁰. En relación con la Arqueología poscolonial, lo que más nos interesa es la premisa de que toda interpretación del pasado humano se aborda desde el presente y tiene un marcado sesgo político, negando su objetividad como ciencia y apostando por las lecturas diversas. Si las interpretaciones correctas del pasado son múltiples, también son múltiples los tipos de arqueologías que existen, tantos como lecturas contextuales puedan llevarse a cabo³¹. Ian Hodder plantea, de hecho, la necesidad de practicar arqueologías que den visiones alternativas, como la *Arqueología feminista* o, por supuesto, la *Arqueología poscolonial*³².

²⁶ Bernal, Martin, *Atenea Negra: las raíces afroasiáticas de la civilización clásica. La invención de la Antigua Grecia, 1785-1985*, Traducido por Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 1993.

²⁷ González-Ruibal, Alfredo, “El giro poscolonial: hacia una etnoarqueología crítica”, en Departament d’Arqueologia i Antropologia de la Institució Milà i Fontanals (eds.), *Etnoarqueologia de la Prehistoria: més allà de la analogia*, Madrid, CSIC, 2006, pp. 41-59.

²⁸ Prueba de ello es el siguiente manual: Lydon, Jane y Uzma Z. Rizvi (eds.), *Handbook of Postcolonial Archaeology*, Walnut Creek, Left Coast Press, 2010.

²⁹ Liebmann, Matthew, “Introduction: The Intersections of Archaeology and Postcolonial Studies”, en Liebmann, Matthew y Uzma Z. Rizvi (eds.), *Archaeology and the Postcolonial Critique*, Lanham, AltaMira Press, 2008, p. 4.

³⁰ Trigger, Bruce, *Historia del pensamiento... op. cit.*, p. 329.

³¹ Gutiérrez, Sonia, *Arqueología. Introducción a la historia material de las sociedades del pasado*, Alicante, Universidad de Alicante, 2001, p. 114.

³² Hodder, Ian, “Archaeology and the Post-Modern”, en *Anthropology Today*, vol. 6, 5 (1990), pp. 13-15.

Un tema central dentro del poscolonialismo es la manera en que tradicionalmente se ha construido desde una perspectiva occidental la identidad subjetiva del *otro*. Para la existencia de un *otro* es necesario un *yo*. Esta situación dialéctica sustentada en una clara relación de alteridad tiene como consecuencia principal la creación de categorías binarias en las que casi siempre uno de los dos términos manifiesta superioridad respecto al otro³³. Arqueológicamente, existen categorías fijas como civilización/salvajismo, evolucionado/primitivo, centro/periferia, moderno/tradicional o desarrollado/subdesarrollado. Al respecto, fácilmente reconocible es el importante papel que este binarismo ha desempeñado dentro de las teorías difusionistas, donde los parámetros que caracterizan al conquistador/colonizador/inmigrante gozan de una mejor consideración. El binarismo y las ideas de superioridad asociadas a él han acabado forjando, de hecho, una concepción esencialista de la historia y la cultura entre muchos historiadores y arqueólogos³⁴. Los modelos explicativos que han asumido este esquema dual y excesivamente rígido terminan por convertir a las poblaciones exteriores en el principal motor de cambios, mientras que los grupos autóctonos quedan reducidos a meros espectadores ante las transformaciones que se están dando en el seno de su propia sociedad. En cambio, las aproximaciones poscoloniales hacen ver que el colonialismo afecta por igual a todos los agentes del encuentro colonial, ya sean nativos o extranjeros recién llegados. La influencia de las colonias sobre la metrópoli es enorme. Como señala Chris Gosden, es difícil aceptar ya que todas las formas culturales calificadas como “romanas” proviniesen de la propia Roma³⁵.

El conocimiento que las ciencias históricas generan es un producto social. El contexto ideológico en el que se desarrolla la investigación condiciona la interpretación del pasado, sobre todo si tenemos en cuenta que la Historia y la Arqueología se convierten en ciencias en el siglo XIX, a la par que los nacionalismos entran en auge y se produce la expansión colonial europea. El problema radica en interpretar en clave presentista los hechos históricos. Un caso significativo es como fue instrumentalizada la imagen civilizadora que los británicos poseían de la Antigua Roma para justificar su política imperialista (1815-1914)³⁶.

Las aproximaciones poscoloniales también ayudan a concebir las situaciones coloniales de otra forma. Frente a las visiones que sitúan a colonizadores y colonizados como dos entidades estáticas, destinadas a no entenderse, la crítica poscolonial nos abre un amplísimo abanico de perspectivas hasta ahora no consideradas a través de nuevas ideas, como la noción de “hibridación”³⁷. Este concepto, desarrollado principalmente por Homi

³³ Ashcroft, Bill *et al.*, *Key Concepts in Post-colonial Studies*, Londres, Routledge, 1998, pp. 24-25.

³⁴ Vives-Ferrándiz, Jaime, *Negociando encuentros. Situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la Península Ibérica (ss. VIII-VI a.C.)*, Barcelona, Publicaciones del Laboratorio de Arqueología de la UPF, 2006, p. 32.

³⁵ Gosden, Chris, *Arqueología y colonialismo. El contacto cultural desde 5000 a.C. hasta el presente*, Traducido por Julià de Jodar, Barcelona, Bellaterra, 2008, p. 126.

³⁶ Hingley, Richard, *Roman Officers and English Gentlemen. The Imperial Origins of Roman Archaeology*, Londres, Routledge, 2000.

³⁷ Van Dommelen, Peter, “Colonial Constructs: Colonialism and Archaeology in the Mediterranean”, en

K. Bhabha en *The Location of Culture* (1994)³⁸, hace referencia a las nuevas formas de construcción subjetiva originadas a partir del encuentro colonial, difícilmente clasificables en una única categoría cultural o étnica. Es decir, tanto colonizadores como colonizados moldean su subjetividad en base a representaciones que no se corresponden ni con el *yo* ni con el *otro*, dando origen por consiguiente a un “tercer espacio de enunciación”³⁹. Para Bhabha, la hibridación cultural viene a ser efecto directo de la confluencia, dentro de ese nuevo espacio de agencia, de la “ambivalencia” del discurso colonial y su “mimetismo” inherente, dos términos con clara raigambre psicoanalítica adquiridos a través de Fanon. La ambivalencia es usada para señalar el hecho de que los colonos, al verse desplazados de su lugar de origen e instalarse en otro donde son una minoría, experimentan dificultades para seguir manteniendo su identidad sin que sufran cambios frente a los nativos, que son a la vez objeto de deseo y desprecio en términos de representación subjetiva⁴⁰, mientras que el mimetismo, fruto de esa relación ambivalente, hace referencia a las herramientas de inclusión social que los propios colonos usan para hacer del colonizado un sujeto parecido a ellos, reconocible, aunque a la vez diferente: “casi lo mismo, *pero no exactamente*”⁴¹. Esto constituye una situación de negación y, a la vez, de reconocimiento de las diferencias entre entidades en principio opuestas, un fenómeno que no puede más que darse en una dimensión intermedia, en los límites entre la cultura de la metrópolis y la cultura de los nativos. No existe, en fin, una división clara entre colonizadores y colonizados, sino una frontera imprecisa que origina nuevas categorías a partir del encuentro colonial.

No puede pasarse por alto, sin embargo, que el concepto “hibridación” ha sido el origen de muchas de las críticas lanzadas contra las teorías poscoloniales. Al centrarse básicamente en los procesos de negociación y mezcla vinculados al colonialismo, son muchos los autores que hablan de la imposibilidad que presentan nociones como esta de hacer frente al poder y la dominación que congénitamente se asocian a los contextos coloniales o, yendo más allá, neocoloniales⁴². El término ha llegado incluso a entenderse como una forma disimulada de buscar la homogenización entre colonizadores y colonizados con el fin de esconder las desigualdades. Igualmente, hay autores que reconocen su validez y potencialidad, aunque también denuncian la abusiva utilización que se hace de él al aplicarse sistemáticamente a toda clase de situaciones y contextos coloniales⁴³. Por nuestra parte, pensamos que la “hibridación” como concepto puede resultar útil para

World Archaeology, vol. 28, 3 (1997), p. 309. Véase también Ídem, “Colonial Interactions and Hybrid Practices. Phoenician and Carthaginian Settlement in the Ancient Mediterranean”, en Stein, Gil J. (ed.), *The Archaeology of Colonial Encounters. Comparative Perspectives*, Santa Fe-Oxford, School of American Research Press y James Currey, 2005, pp. 117-118. Una definición exacta y extensa sobre este concepto se encuentra en Ashcroft, Bill et al., *Key Concepts... op. cit.*, pp. 118-121.

³⁸ Bhabha, Homi K., *El lugar de la cultura*, Traducido por César Aira, Buenos Aires, Manantial, 2002.

³⁹ *Ibidem*, pp. 57-58.

⁴⁰ Vives-Ferrándiz, Jaime, *Negociando encuentros... op. cit.*, p. 34; Vega Ramos, María José, *Imperios de papel... op. cit.*, p. 306.

⁴¹ Bhabha, Homi K., *El lugar... op. cit.*, p. 112.

⁴² Hardt, Michael y Antonio Negri, *Imperio*, Traducido por Alcira Bixio, Barcelona, Paidós, 2005, pp. 163-166; Parry, Benita, *Postcolonial Studies... op. cit.*, p. 26.

⁴³ Cañete, Carlos y Jaime Vives-Ferrándiz, “«Almost the same»: dynamic domination and hybrid contexts in Iron Age Lixus, Larache, Morocco”, en *World Archaeology*, vol. 43, 1 (2011), p. 126.

aproximarse al estudio de los influjos externos y de las reinterpretaciones dentro de los contextos locales, en la línea de lo que señala Alicia Jiménez en su estudio sobre las esculturas de carácter indígena del sur peninsular ya en época romana⁴⁴.

3. Nuevas perspectivas en la arqueología del Mediterráneo occidental

Las aplicaciones más conocidas, en el campo de la Arqueología, de los postulados de la teoría poscolonial han tenido que ver justamente con las cuestiones en torno a la hibridación y sus implicaciones en la cultura material, tal como muestran los trabajos de Jane Webster centrados en la romanización⁴⁵ y, sobre todo, los estudios acerca de Cerdeña en época púnica desarrollados por Peter van Dommelen. Las investigaciones de este último exponen que las evidencias arqueológicas de la zona centro-occidental de la isla italiana, concretamente los objetos y ofrendas rituales procedentes del santuario púnico del *nuraghe* de Genna Maria de Villanovaforru, muestran para el siglo IV a.C. un fuerte carácter nativo⁴⁶. Junto a los hallazgos que claramente aluden a tradiciones religiosas púnicas, como los *kernophoros* o quemadores de incienso, han aparecido gran cantidad de lámparas de aceite importadas desde los territorios griegos y romanos del Mediterráneo. Lo singular de estos elementos es que tienen gran presencia en contextos rituales indígenas de Cerdeña durante la Edad del Bronce y los primeros momentos de la Edad del Hierro. De igual manera, en el yacimiento de Neapolis, a orillas del río Mannu, se han encontrado numerosas figurillas de terracota de producción local y ajenas a los modelos estandarizados púnico-helenísticos que imperan en otros lugares cercanos como Tharros, con elementos mixtos púnicos y otros de raigambre indígena que conectan, de nuevo, con las tradiciones de los períodos históricos previos a la colonización cartaginesa. No estaríamos ante una simple reinterpretación por parte de la población nativa, sino más bien ante una destacable creación local. Para Peter van Dommelen, los materiales arqueológicos de Genna Maria y Neapolis nos hablan de contextos híbridos, donde las influencias mutuas, el contacto a lo largo de diferentes generaciones y los procesos de reformulación y adopción de nuevos significados actúan de tal manera que los agentes nativos ejercen un papel realmente activo dentro de la cultura hegemónica, en este caso la púnica⁴⁷. Las interpretaciones que centran su análisis en la identificación de unos materiales concretos con un grupo étnico

⁴⁴ Jiménez, Alicia, “Pure hybridism: Late Iron Age sculpture in southern Iberia”, en *World Archaeology*, vol. 43, 1 (2011), pp. 102-123.

⁴⁵ Webster, Jane “Roman imperialism and the post-imperial age”, en Webster, Jane y Nicholas Cooper (eds.), *Roman Imperialism: Post-colonial Perspectives*, Leicester, Leicester University Press, 1996, pp. 1-18; Ídem, “Necessary Comparisons: A Post-Colonial Approach to Religious Syncretism in the Roman Provinces”, en *World Archaeology*, vol. 28, 3 (1997), pp. 324-338.

⁴⁶ Van Dommelen, Peter, “Colonial Constructs...” *op. cit.*, p. 314; Ídem, *On Colonial Grounds: a comparative study of colonialism and rural Settlement in first millennium BC west central Sardinia*, Leiden, Faculty of Archaeology, Leiden University, 1998, p. 153-154.

⁴⁷ Van Dommelen, Peter, *On Colonial Grounds... op. cit.*, p. 155.

o cultural determinado han de ser consideradas erróneas. Por así decirlo, no existe un *paquete arqueológico* homogéneo que delimite a una cultura.

La teoría poscolonial aplicada a la Arqueología ha tenido como consecuencia un replanteamiento de las formas tradicionales de abordar el estudio de los fenómenos coloniales antiguos. Aunque no manifiesten un protagonismo enorme, lo cierto es que estas perspectivas han ejercido últimamente una influencia considerable en el ámbito de la arqueología e historia del Mediterráneo occidental, como acabamos de ver. Hay que mencionar, dentro de nuestro país, los trabajos pioneros de Alicia Jiménez, que cuestiona el concepto de *romanización* a través del estudio de las necrópolis de la Bética⁴⁸, y Jaime Vives-Ferrándiz, quien se centra en las relaciones e intercambios entre indígenas y fenicios en la costa oriental de la Península Ibérica durante los siglos VIII y VI a.C.⁴⁹. La profesora Delgado Hervás, por su parte, también ha abordado la presencia fenicia en las costas andaluzas desde una óptica poscolonial, negando que los grupos exteriores impongan sus esencias a las poblaciones autóctonas⁵⁰. Frente a las representaciones que otorgan a los agentes exógenos, ya sean griegos, fenicios o romanos, un rol dinámico en las transformaciones que se producen en el seno de las comunidades indígenas peninsulares, que se mantienen pasivas, estas nuevas aproximaciones ponen el foco de interés justo en lo contrario y dan protagonismo al elemento local. La conclusión de Alicia Jiménez es tajante, pues defiende que tanto las representaciones como los materiales de las necrópolis de la *Ulterior* a partir del siglo III a.C. no son ni romanos ni nativos, sino híbridos, resultado de la unión durante años de la población local con inmigrantes de origen itálico⁵¹. Vives-Ferrándiz, en una misma línea, expone que la cultura ibérica de la franja oriental peninsular es fruto de un proceso de hibridación, donde se entremezclan elementos indígenas y fenicios, que origina formas culturales nuevas dentro de un contexto eminentemente local⁵². Desde el mismo momento que se produce el encuentro colonial cambian todas las entidades implicadas en el proceso, no sólo la población de origen nativo, por lo que es necesario indagar en todas las direcciones.

Las posibilidades que emergen en el campo de la construcción identitaria también son destacables. Los enfoques que aquí nos ocupan confirman el carácter cambiante de las identidades. Así, por ejemplo, dentro del Imperio romano el proceso de formación de nuevas identidades no aparece ya vinculado forzosamente a mecanismos de imitación, sino que a lo largo de todo el Mediterráneo se dan más bien diferentes estrategias basadas en lo que podríamos llamar una *forma local de ser romano*. No hablamos de identidades excluyentes, sino de una serie de identidades complementarias que sustentarían el

⁴⁸ Jiménez, Alicia, *Imágenes Híbridae. Una aproximación postcolonialista al estudio de las necrópolis de la Bética*, Madrid, CSIC, 2008.

⁴⁹ Vives-Ferrándiz, Jaime, *Negociando encuentros... op. cit.*

⁵⁰ Delgado, Ana, "Poder y subalternidad en las comunidades fenicias de la Andalucía mediterránea", en *I Congreso de Prehistoria de Andalucía: La tutela del patrimonio prehistórico*, Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 2011, pp. 293-304.

⁵¹ Jiménez, Alicia, *Imágenes Híbridae... op. cit.*, p. 353.

⁵² Vives-Ferrándiz, Jaime, *Negociando encuentros... op. cit.*, pp. 235-237.

complejo edificio imperial. En palabras de Edward Said, “del mismo modo que los seres humanos hacen su propia historia, los pueblos también se hicieron sus identidades étnicas y sus culturas”⁵³. Es en esta línea como debe interpretarse la perduración de producciones locales hasta época imperial, pues las distintas manifestaciones culturales de las provincias no son más que hibridaciones entre lo local y lo foráneo. No es casual, en este sentido, que en ciudades como Gadir o Malaca se siguiera hablando púnico en pleno siglo I d.C. Hasta la propia cultura romana en Italia puede considerarse una mezcla de aspectos etruscos anteriores y otros nuevos⁵⁴. La *romanización*, por tanto, no debe ser entendida ni como un trasvase unidireccional, entre una cultura civilizadora y otra receptora, ni como el resultado de la oposición de unas identidades culturales con otras. Las categorías de análisis estancas ya no sirven. Hay que atender, en cambio, a ese “tercer espacio de enunciación” que encontramos en la obra de Bhabha; ello sirve para contextualizar de una manera más óptima las necesidades de legitimación de las élites locales/provinciales. No sólo se trata únicamente de ver cómo el *otro* es representado por el poder hegemónico, sino que también nos interesa saber cómo ese *otro* se construía a sí mismo utilizando los instrumentos puestos a su disposición.

4. Conclusiones generales

La Arqueología, como hemos visto, jugó un papel importante a la hora de construir discursos coloniales, contribuyendo con ello al sojuzgamiento de buena parte del planeta por parte de las naciones occidentales. Los arqueólogos funcionaron como soporte legitimador del poder colonial al consolidar y difundir mediante sus trabajos las imágenes estereotipadas del sujeto colonial. Este panorama no comenzará a cambiar hasta la segunda mitad del siglo XX. Las influencias del postestructuralismo y los enfoques posmodernos, harán que una serie de intelectuales oriundos de las antiguas colonias, como Fanon o Said, empiecen a cuestionar la primacía cultural, política y moral de Occidente. Desde una óptica posmoderna se puede decir, en efecto, que las perspectivas poscoloniales son una crítica a la modernidad desde los márgenes. Las cuestiones que mayor interés suscitan a los teóricos poscoloniales —mestizaje, cultura local *versus* globalización, género, nacionalismo, raza, diásporas, resistencias frente al poder colonial—, así lo evidencian también.

Centrándonos en los aportes poscoloniales a la Arqueología, vinculados como ya sabemos a los cambios que se intentan promover desde los círculos posmodernos a partir de los años setenta del pasado siglo XX, lo primero que tenemos que hacer es insistir, de nuevo, en las implicaciones políticas que conllevan las representaciones del pasado. En el caso de los pueblos colonizados ello ha tenido un impacto que podemos

⁵³ Said, Edward, *Cultura... op. cit.*, p. 515.

⁵⁴ Gosden, Chris, *Colonialismo y Arqueología... op. cit.*, p. 128.

considerar negativo. De este modo, uno de los principales retos que plantean las teorías poscoloniales a los arqueólogos es el replanteamiento de las formas en que se representa la historia humana. No es difícil ver que uno de los puntos de mayor imbricación entre la Arqueología y los estudios poscoloniales es la capacidad que nuestra disciplina tiene para dar voz, a través de la cultura material, a los grupos silenciados, a los subalternos, a los que no aparecen en los textos.

Sabemos que para los autores críticos con estas aproximaciones la problemática central del poscolonialismo es su excesiva atención a la esfera cultural, centrándose casi exclusivamente en el análisis de los textos, ficciones narrativas y discursos vinculados al colonialismo. La Arqueología poscolonial, sin embargo, aparece ante nosotros para llenar ese vacío, siendo el nexo que une a los individuos o grupos sumidos en determinado contexto colonial con su realidad material⁵⁵. El poscolonialismo se caracteriza por analizar el fenómeno colonial desde la perspectiva del colonizado. De ahí la importancia que los arqueólogos e historiadores influenciados por estas teorías dan a temas como el papel que juega la agencia local, a los modos de contacto, a las persistencias culturales, a la subalternidad y a las hibridaciones. Entendemos, en este sentido, que las formulaciones poscoloniales aportan buenas herramientas para acometer a través de nuevos caminos el estudio del colonialismo antiguo, sobre todo teniendo en cuenta que la Arqueología parece que podría saber eludir con éxito los *impasses* con los que otras disciplinas se han encontrado gracias a la aportación de los análisis centrados en la materialidad.

⁵⁵ Van Dommelen, Peter, "Postcolonial archaeologies between discourse and practice", en *World Archaeology*, vol. 43, 1 (2011), pp. 1-6.